



Introducción

El viento removía sin parar las hojas del árbol, en violentos relámpagos que hacían estremecerse a Laeghir. La lluvia incesante rebotaba sobre sus ramas, de la misma manera que lo hacía contra la capucha de la vigía, como si ambos fueran parte de un mismo paisaje inmóvil, de una misma tormentosa escena. Pero no era así.

—¿Y dices que ayer no estaba aquí? —repitió, incrédulo y atemorizado, su compañero.

hogueras en la noche

Capítulo 1

—Así es. No tengo ni idea de cuando han llegado, y te juro que no me quedé dormida durante mi guardia —se excusó Laeghir temiendo las fundadas sospechas de su compañero Larmisil.

—Creo que deberíamos avisar al Capitán — le respondió con gesto preocupado —No es que piense que encontrar un campamento con dos docenas de enanos borrachos en la cima de Amon Súl pueda representar un peligro, pero fíjate en sus escudos de acero rojizo —dijo señalando al grupo de enanos— Tienen que ser enanos Barbatiesas del Este. No sé qué pueden hacer tan lejos de su casa, aquí en Eriador. Me da en la nariz que se está cociendo algo importante.

—¿Me estás pidiendo que vaya a buscar al Capitán, que a saber dónde lo puedo encontrar, para decirle que estamos preocupados por la borrachera de unos enanos? Por favor, Larmisil, ¿tú quieres que me vuelvan a destinar a vigilar el gallinero por las noches? — le reprochó Laeghir ofendida.



En ese preciso momento los dos se callaron. El campamento enano había roto el silencio con una extraña canción en ese idioma suyo, totalmente ininteligible para el resto de habitantes de la Tierra Media. Laeghir y Larmisil se miraron sin saber cuál era la

decisión que debían tomar.

Mientras, en la cima de la colina, los enanos golpeaban rítmicamente sus escudos con los brazaletes para acompañar las ásperas voces.

El fuego arrancaba destellos a los yelmos y los ojos, un poco turbios, y los sonidos rebotaban en las rocas mientras la canción se iba dispersando en la noche.

*¿En que pensamos
bajo la montaña?*

*Cada día es buen día
para encender la fragua
y hacer hojas de acero
para espadas y hachas
bellos yelmos y escudos.*

*El hierro nos agrada
Pero más aún que el hierro
deseamos la plata,
brillante sobre el yunque
parece que nos habla.
con sus hermosas formas.*

*Y por sobre la plata
preferimos el oro
cuando el crisol lo ablanda
y el sol vive en su fondo
de calidez dorada.*

*Aún mejor es el Mithril,
duro como la escama
del dragón y ligero
como un velo de dama,
claro como el blancor*



Conchi Agüera

*de la luna más blanca
Nada supera al Mithril.
Pues más aún nos llaman
las gemas, de la roca
en las mismas entrañas.
Son de todas las cosas
la prenda más preciada
ardientes como estrellas
las gemas delicadas.
Aún más que a los metales
y a las piedras preciadas
amamos el hidromiel
que temple nuestras almas
y de nuestras mujeres
las deliciosas barbas.*



A esto siguió una sonora carcajada, mientras el odre de hidromiel corría de mano en mano, colmando los cuernos y provocando más risas.



Cuando terminó la canción, los dos Dúnedain se quedaron mirando. La melodía les había imbuido de una extraña sensación de familiaridad, como si estuvieran en compañía de unos lejanos pero buenos amigos; pero a la vez, el tono sugería tristeza, una preocupación soterrada. Laeghir no se vio con ánimo de tratarlos como a enemigos.

Se levantó de golpe, ante la mirada sorprendida de su compañero, y se encaramó en una de las rocas cercanas a las ruinas, y dijo con voz potente:

—¡Ah de los viajeros! ¡Que vuestras barbas crezcan siempre largas y espesas! ¿Qué os trae tan lejos del Este?

Se hizo el silencio. Sólo un ligero rumor que hacía sospechar que algunos de los enanos habían acercado sus manos a las empuñaduras de sus hachas o sacado las flechas de sus arcos.

—No es de tu incumbencia —le replicaron— Si no queréis problemas, mejor será que nos dejéis en paz.

Laeghir dudó un momento, azorada, y luego prosiguió:

—Pero no es habitual encontraros aquí. Noto que existe un problema. Si alguien acosa a cualquiera de los Pueblos Libres, hasta el punto de hacerle atravesar todo Eriador, los Dúnedain queremos ayudar.

Uno de los enanos, lentamente, se irguió también, y le dirigió una mirada penetrante.

—No sé quién eres —le dijo—, pues has interrumpido una velada que no te competía, y ni siquiera has dicho tu nombre. Pero yo te diré el mío. Soy Borko, hijo de Moimir. Y sí, si atravesamos estas tierras, es por una razón. Pero no es algo en lo que las débiles espadas de los hombres puedan hacer nada.

—Bueno, eso no lo sabes —interrumpió Larmisil, vagamente ofendido—. No somos Hombres normales, como los que quizás acostumbráis a tratar en el Este. Somos Dúnedain, y... —Borko le cortó, resoplando, y varios de los otros enanos soltaron unas risitas.

Tras unos segundos de tenso silencio, el enano continuó:

—¿Habéis oído hablar de Trorr?



Ninguno de los enanos percibió el ligero gesto de disgusto que atravesó el rostro de Larmisil, pero Laeghir lo notó claramente. Su misión y sus vidas dependían de esa complicidad. Sin

embargo, no era, precisamente alarma lo que Laeghir percibió en su compañero, así que le inquirió directamente:

—¿Sabes de lo que está hablando?

—No, y creo que él tampoco —respondió Larmisil, sin disimular el tono de reproche de su voz.

En esta ocasión, ningún enano dejó de notar la intención del Dúnadan.

—¿Qué has dicho... hombre?

Preguntó Borko desafiante, más Laeghir era tan valiente y diestra combatiendo, como serena e inteligente hablando, aunque Larmisil seguía molesto, y volvió a provocar a los enanos.

—¿Algún gusano escupe fuegos asesino y ladrón?

—No desprecies aquello sobre lo que desconoces todo, amigo de los elfos.

Borko pretendía devolver el desaire al Dúnadan, pero Laeghir impidió, providencialmente, la reacción de su temperamental compañero.

—Bien dices que somos amigos de los elfos, pero ya te lo he dicho antes, también somos amigos de todos los pueblos que no se inclinan ante la Oscuridad. Estamos de vuestro lado.

—Está bien, guerrera, creo que puedo confiar en ti. —Concedió Borko— Pero, me temo que no podréis ayudarnos.



Antes de que Borko comenzara a relatarle parte de sus intenciones, Laeghir pudo observar que además de lo extraño de ver por esas tierras a enanos "Barbatiasas" no eran estos los únicos representantes de sus diferentes linajes en ese grupo, ya que pudo fijarse cómo de los 24 enanos, la mayoría eran "Barbiluengos", descendientes de Durin, habiendo también

una nutrida representación de “Barbas de Fuego” y “Nalgudos”.

«Acaso estos enanos habían vuelto a las antiguas costumbres de reunirse en Gundabad? Y si de tal reunión provenían, ¿qué necesidad les está llevando a atravesar Eriador y para qué?», pensaba la *dúnedenith*.

Pensamiento que se vio interrumpido, momentáneamente, al ver cómo *Larmisil* caía de espaldas con otra jarra de hidromiel entre sus manos de la que ya no pudo dar buena cuenta, ante la ensordecedora risotada de tan variado grupo de recios enanos. *Borko* empezó a hablar:

—Esta historia nos remonta a los días antiguos, cuando *Telechar* forjaba las mejores armas y armaduras jamás conocidas, como *Angrist*, *Narsil*, y... —se hizo un breve silencio— otras. Después de importantes y muy duros acontecimientos, los enanos que se encontraban tanto en *Belegost* como en *Nogrod* partieron de aquellos desolados reinos a otros como *Khazad-Dûm*; pero no todos dejaron las Montañas Azules.



En ese instante un rayo cayó muy cerca de donde se encontraban *Borko* y *Laeghir*, iluminando las barbas de los enanos presentes. *Laeghir*, en ese mismo momento, fue consciente que toda la compañía escuchaba atentamente el relato que *Borko* le hacía. El cambio en la actitud en los enanos era obvio, se mesaban sus largas barbas mientras asentían con la cabeza. Uno de ellos se levantó y gritó algo en una lengua incomprensible para ella. Ya no estaban borrachos, sus miradas reflejaban orgullo y un fuego interior que les costaba reprimir.

Había cesado de llover y la luna asomaba tímidamente entre las nubes, como un diente de león en un prado escarchado por el rocío de la mañana de su juventud, en tiempos más felices para ella. Ese fugaz recuerdo siempre la acompañaba en sus numerosos viajes por las fronteras de la antigua *Arthedain* y *Rhudaur*. ¡Cómo echaba de menos *Larad*! Su bienamado y, ahora, lejano asentamiento en el norte. Este se encontraba en la frontera de *Arthedain* con *Lindon*, una tierra inhóspita para la mayoría de los habitantes de la Tierra Media, pero no para el pueblo de los *Dúnedain*. Precisamente estos enanos estaban hablando de las Montañas Azules, zona que ella conocía perfectamente, ¡como la palma de su mano! Y no existía ningún reino secreto enano ¡qué disparate! Ni siquiera existía una simple ruta comercial con la que dicho pueblo pudiera abastecerse. Este asunto le era cada vez más inquietante.

El sonido ensordecedor del trueno, que sigue y acompaña el rayo, hizo que *Laeghir* dejara de lado sus pensamientos y volviera a centrar su atención en *Borko*.

—... y por esa razón nos dirigimos de nuevo allí. Supongo que ahora ya entiendes por qué no podéis ayudarnos. Y seguramente por qué jamás habréis oído hablar de *Torr* tú o tus compañeros.



Laeghir dirigió la mirada a su compañero. No podía verle bien la cara a la frágil luz de la luna, pero no cabía duda de que estaba durmiendo a pierna suelta. Una parte de ella sonreía. Llevaban ya varios días de vigilia constante. Juntarlo con hidromiel y un asiento mullido por las hierbas que crecían aquí y allá, desafiando la intemperie de la cima, había sido un error. Se encargaría de hacerle bromas a cuenta de este “sueñecito”

en muchas de las próximas hogueras.

La verdad es que necesitaba ese descanso. Lo necesitaban los dos. Pero la otra parte de ella, la que no sonreía nunca, se subió por así decir a la atalaya de la cabeza y comenzó a enviar señales de peligro. Estaban con un grupo numeroso de extraños, aunque se mostraran amigables. Era una imprudencia bajar de ese modo la guardia. Además, tendría que cubrirle ante el Capitán si el asunto llegaba a sus oídos. Y todo, todo, todo, terminaba llegando a sus oídos.

Borko interrumpió sus pensamientos cuando volvió a alzar la voz.

—Nordri, dale a esta guerrera algo para que se caliente antes de que nos cuente qué les lleva a estos “Hombres no Normales” a pasear bajo la luz de la luna por lugares como este.

Uno de los enanos se levantó rápido y se dirigió hacia Laeghir con otra jarra de hidromiel y una manta corta de grueso pelo. La montaraz tomó la manta y se la echó encima, pero negó en silencio cuando le acercó la bebida.

—¿No aceptarás la hospitalidad enana? Vamos, no tengas miedo. Es hidromiel del mejor. La miel se obtuvo en los campos junto al Río Grande y se cuidó en barricas de castaño bien preparadas.

—Entendedlo, estoy de guardia y me falta costumbre para la bebida. No como a mi compañero. A él se le ve más preparado.

La mayoría de los enanos soltaron una risotada. Se sintió un poco mal por hacer ese chiste a cuenta Larmisil, pero sabía que resultaría útil para apaciguar el ambiente de cierta tensión que no acababa de esfumarse y para evitar la bebida que le ofrecían sin insultar los rituales enanos.

Laeghir pensó que si mostraba una actitud amistosa la tensión se rebajaría y los enanos, conocidos por su tozudez y desconfianza, se mostrarían más colaboradores, y hasta con un poco de suerte se les aflojaría la lengua. Así, poco a poco fue ganándose la confianza de Borko y en un momento dado empezó a recitar los nombres y linajes de todos y cada uno de sus compañeros de viaje: —Este es Danil, hijo de Bragass; el de las trenzas en las barbas es Armil, hijo de Bofdug; a su lado Bannin, hijo de Bannidin... y por último y no menos importante al que ya conoces Nordri, hijo de Nosted. ¿Podríamos hacernos el honor de presentarte ahora que ya nos conoces?— le pidió Borko.

Laeghir se dió cuenta rápidamente de que lo mínimo que podía hacer era devolver la cortesía con la que le habían tratado los enanos.

—Soy Laeghir, hija de Berwin y de Laemir—

La montaraz les contó también que provenía de Larad, lo que interesó sobremanera a los enanos que como sabéis se dirigían hacia esa zona. Finalmente, Laeghir pensó que había llegado el momento de proponer su ayuda y les habló de su capitán. Les indicó que les había ordenado vigilar y comunicar cualquier evento fuera de lo común y los enanos, por supuesto, sabían que ese “fuera de lo común” se refería también a su paso por esas tierras. Ella les indicó que su capitán, Erandandil, era un hombre justo y noble y que, si en verdad la historia que habían contado era veraz, él les ayudaría en lo posible en su empeño. Los enanos eran gente ruda y desconfiada, pero también tenían mucha experiencia y sabían que la ayuda de los Montaraces del Norte podría ser crucial en el devenir de su aventura. Sería incluso posible que Erandandil le encomendase la misión de acompañarles un buen trecho para vigilar las fronteras del

norte, y de esta manera acercarse a su casa. ¡Hacía tanto tiempo que no había estado en el hogar!

Sí, Laeghir echaba de menos a su familia y también el lugar donde había crecido. Sus montañas, sus valles, los lagos profundos y oscuros de aguas tan frías y cristalinas como espejos, sus maravillosos bosques plagados de abedules, abetos, tilos, arces y robles; y tampoco podía evitar pensar en los campos llenos de amapolas, margaritas, mimosa, los caminos llenos de madreSelva con los lindes delimitados por arbustos y plantas repletas de arándanos, moras y frambuesas. Además, la historia de los enanos había despertado su curiosidad innata, adormecida por la rutina de la vigilancia y la falta de aventuras.

Agradeciendo a Borko la oferta asintió y dijo

—Nuestros caminos e intereses sin ninguna duda están unidos, esta noche dormiremos aquí, mañana os acompañaremos.

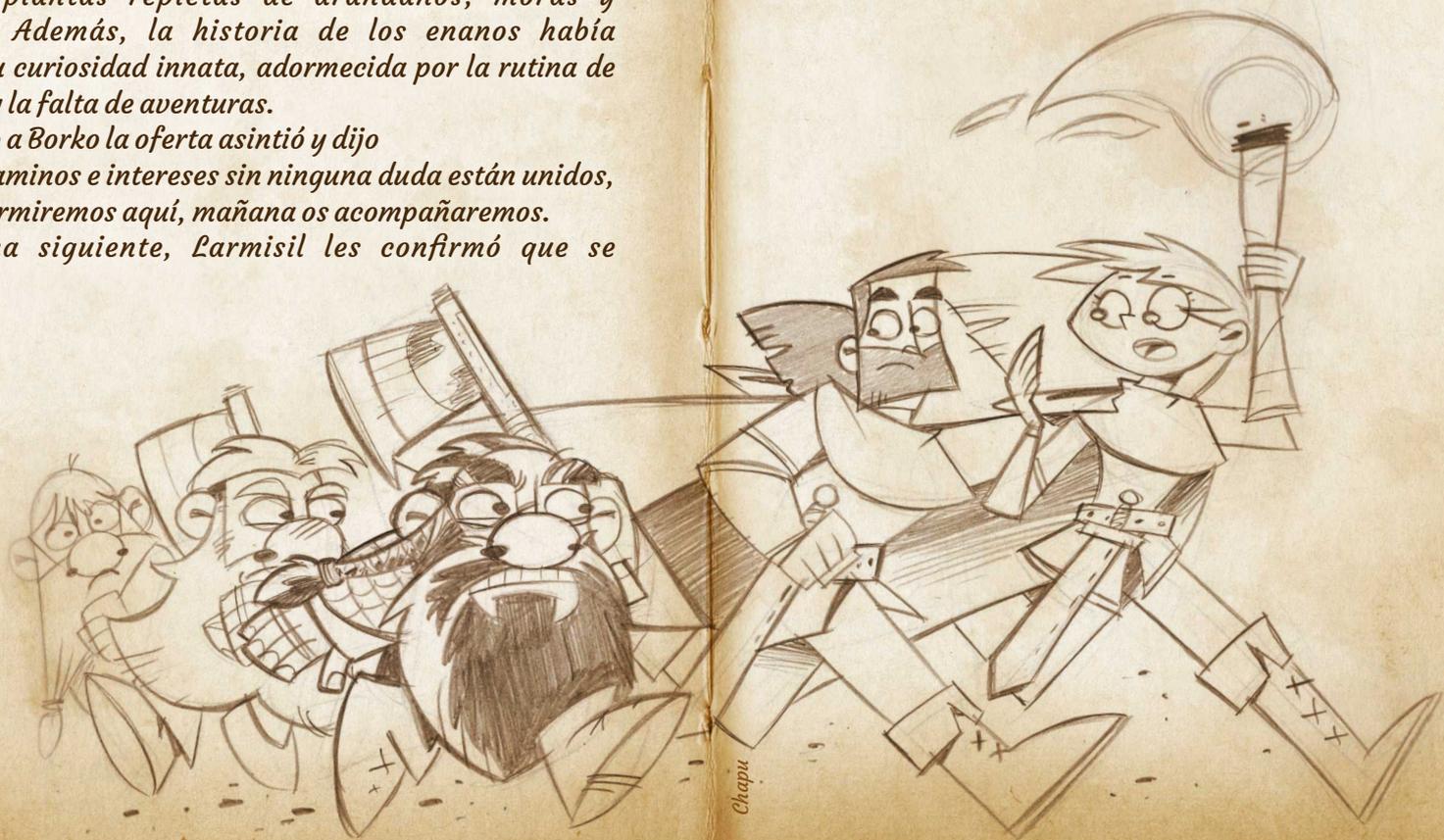
A la mañana siguiente, Larmisil les confirmó que se

encontraban a menos de una jornada del campamento, si caminaban a paso vivo llegarían a tiempo para una cena reconfortante y una buena jarra de cerveza. Después podrían explicarle al capitán los motivos de su viaje.

El bosque era espeso y más en aquella época del año, las lluvias y la humedad hacían que la marcha no fuese del todo cómoda.

Laeghir se adelantó al grupo para unirse con Larmisil y se percató del gesto de preocupación de su compañero de guardia.

—¿Ocurre algo? —Larmisil sin apartar la vista del camino



replicó— ¿no te has dado cuenta? Estamos llegando al campamento y no hemos visto ningún montaraz.

Laeghir hasta ese momento no había pensado en ello, pero Larmisil tenía razón.

Aunque extraño, Laeghir no pareció darle mayor importancia, la noche acababa de caer y eso permitía vislumbrar aún en la distancia las luces de las antorchas del campamento.

—¿Qué es ese olor? —murmuró Larmisil

—Parece que hoy se les ha ido otra vez la mano con la carne —dijo Laeghir entre enfadada y divertida—, siempre le digo a Menether que pone demasiada leña para asar, que es mejor hacerlo a fuego lento, pero...

En ese momento todos se quedaron paralizados, enanos y montaraces enmudecieron ante lo que estaban viendo, el campamento había sido atacado, arrasado con una capa de ceniza, tiendas quemadas y pequeños fuegos consumiéndose que habían confundido en la lejanía con antorchas.

Era evidente que la lucha había sido encarnizada y a ojos de un montaraz claramente desigual en cuanto a efectivos enemigos. Sin que nadie pudiese reaccionar escucharon un quejido del interior de una de las tiendas.

—¿Es la tienda del capitán! —dijo Larmisil

Corrieron al interior y en el suelo encontraron a Erandandil con una extraña marca sobre el pecho, desconocían su significado, pero claramente reconocieron que era una runa.

—¿Mi capitán que ha sucedido, quién ha hecho esto?

—Preguntó Larmisil.

Entre balbuceos con la espada todavía en su mano, solo pudieron entender su última palabra...

—¡Torr...!

Laeghir, ante la petrificación del resto, actuando fría y veloz, concentró todos sus esfuerzos y artes curativas en salvar la vida de Erandandil, pero su muerte fue irremediable, pues cuando llegaron en su auxilio había ya más sangre dunedain en el suelo que en el cuerpo del Capitán.

—¡Salgamos de la tienda, pues no hay tiempo para lamentaciones! —dijo Laeghir, tomando nuevamente la iniciativa.

Acto seguido, Laeghir, Larmisil y Borko se reunieron junto con el resto de enanos, los cuales ya se encontraban ojo avizor formando un círculo alrededor de un gran árbol que se erguía alto y firme en mitad del campamento.

—¿Ha dicho Torrh? —dijo Larmisil, refiriéndose a la última palabra mascullada por el Capitán.

—Así es, —refrendó Laeghir, quien levantando el rostro clavó su impasible mirada en los obtusos ojos de Borko y le dijo—, comprenderás enano que ahora tu misión sí que nos atañe.

Borko se disponía a responder a la dunedain, pero justo en ese momento un artefacto silbante atravesó súbitamente el círculo que, de espaldas, formaban todos en torno al árbol.

Era una flecha negra, y su punta, tras esquilar la barba de Nordri, quedó totalmente incrustada en el tronco del árbol.

—¡Elfos! —gritó este último.

—Si fueran elfos ya estarías muerto, enano —dijo Laeghir.

En ese mismo momento, y aun cuando nadie se manifestó al respecto, todos supieron en sus adentros que Laeghir había asumido el mando, y esta, haciendo uso de su nueva condición de líder, prosiguió dando instrucciones al resto.

—Debemos salir del campamento, así que seguidme, pues aquí no hay nada más que hacer y sería de insensatos regodearse de la mala puntería orca, pues si algo he aprendido es que no han

de darse dos oportunidades ni al más lerdo de tus enemigos. Todos asintieron, y la compañía, encaminándose en dirección contraria a las flechas negras que nuevamente surcaban el cielo del campamento, se adentró de nuevo en el bosque.

Transcurridos unos eternos minutos de marcha veloz y una vez inmersos en la espesura, algo inesperado pasó, Laeghir notó que su última pisada no había sido sobre tierra sino sobre madera maciza, cubierta con maleza, pero madera, al fin y al cabo.

—¡Alto! —dijo a la compañía, despejó la maleza superpuesta en la madera y halló un ínfimo tirador en la misma, lo que, para sorpresa de todos, provocó que una inesperada y dulce sonrisa cambiara el semblante de la Dúnedain—. ¿Beleghir? ¿Eres tú?

—¡Laeghir! —gritó alegremente alguien desde el otro lado de la trampilla al tiempo que la misma se abría y les mostraba a un joven notoriamente alertado. —¡Rápido, pasad!, —dijo este último—, no es seguro estar ahí fuera esta noche.

Laeghir no podía ocultar su felicidad, era Beleghir, el más joven de todos los Dúnedain del campamento y su predilecto, y sí, había hecho realidad lo que una vez le hubo insinuado, había construido su anhelado Refugio Montaraz.



Con un gesto, indicó al grupo que bajaran por la estrecha entrada, mientras ella y Larmisil los cubrían escudriñando las sobras de la maleza en busca de enemigos.

Los rostros de los enanos, habían cambiado su expresión después de la sorpresa inicial, no podían detenerse ante el peligro inminente que los acechaba, pero les clavaron uno a uno, duras miradas de recelo.

Justo tras ellos se deslizaron los dos compañeros cerrando la

entrada oculta, no los habían descubierto, pero desde el interior de la gruta se oyó un profundo y estremecedor gruñido gutural.

Casi sin espacio, los presentes se miraron bajo la única luz de la vela de un fanal, con miradas de preocupación, muchos creyeron reconocer de que criatura procedía, pero fue Beleghir quien le puso palabras a los pensamientos:

—Si... es un troll de las cavernas... durante el día lo han mantenido oculto mientras arqueros apostados controlan la zona, sus jinetes de huargo hostigan a los que intentaron escapar... solo nos queda una salida...

Borko apretó los nudillos en la empuñadura de su espada, todos sus músculos estaban tensos, como el resto de su compañía, y con voz grave inquirió al joven Dúnadan:

—¿Qué le habéis hecho a Trorr? vengaré cualquier daño que haya sufrido, y parece que vuestro Capitán es el responsable... Laeghir refrenó con una mano a Larmisil mientras interrumpía para calmar la situación.

—¡Silencio! —dijo susurrando, pero con firmeza— ¿Queréis que nos descubran y acabemos todos muertos? dejad que Beleghir se explique.

El joven estaba entre desconcertado e indignado, pero se impuso a la mirada del cabecilla enano y dijo: —¡Pues claro que Erandandil es el responsable de que Trorr esté a salvo, se sacrificó quedando a merced de una muerte segura, para que pudiéramos llevarlo hasta aquí!

Se apartó a un lado para dejar ver el fondo de la brecha que obstaculizaba con su cuerpo, el túnel seguía pero al levantar su luz pudieron ver una figura sentada en el suelo, una mujer robusta daba el pecho a un rollizo bebé.

Los enanos bajaron sus armas y se arrodillaron como pudieron

acotando la cabeza ante la escena, Borko se adelantó un poco y dijo: —¡Oh! Trorr, hijo de Frerin, hijo de Thrain, a vuestro servicio y al de vuestro linaje, hacemos el juramento de protegeros para completar vuestro peregrinaje a las Ered Luin—. El resto de guerreros repitieron el juramento ante las miradas atónitas de los montaraces.

—¡Scruiuummp! —un estruendo de madera quebrada sonó en la entrada.

—¡Nos han descubierto! —gritó Beleghir— ¡Rápido! ¡Esta brecha conduce hasta el barranco del río y allí hay dos botes preparados! Pero solo pueden soportar a tres personas cada uno...

—Pues tendremos que luchar —dijo Nordri— ¡Escudos!



Pero Laeghir repuso:

—Si Beleghir ha hecho bien su trabajo eso no será necesario. El joven montaraz, esbozó una sonrisa, asintió y se dio la vuelta, manejándose ágilmente hasta llegar a un recodo escondido del refugio, del que sacó dos pesadas mazas.

—¡Rápido! —exclamó Laeghir dirigiéndose a los enanos—, seguidme en fila de dos, Larmisil y Berehil cerrarán la marcha. Borko dudó un instante, y Nordri parecía no tener intención de abandonar su posición de combate. El enemigo estaba a punto de franquear la entrada, y la oportunidad de salir de allí dependía de apenas unos instantes.

En ese momento Trorr rompió a llorar. El eco de su llanto resonó por encima del ruido que llegaba desde la otra punta del refugio, donde la magra resistencia que ofrecía la puerta estaba a punto de ser vencida.

Al oírlo, Borko, con un leve movimiento de cabeza, ordenó al



Joseph Soloman

joven enano que echara a andar. El corazón le decía que mucho antes de terminar esta aventura habría oportunidad de blandir las armas, pero su deber ahora era defender a Trorr por encima de cualquier cosa, y muriendo en aquel lugar no estaban haciendo honor a ese deber.

De mala gana, los enanos hicieron lo que se les pedía, formando una fila encabezada por Laeghir y Borko, con Trorr en brazos de su aya inmediatamente detrás y Nordri cerrando el grupo. Así dispuestos, fueron deslizándose por la brecha con una velocidad que solo los Hijos de Durin pueden alcanzar cuando se trata de moverse en túneles y espacios subterráneos. Los dos montaraces se quedaron rezagados. Cuando todos los enanos hubieron salido, se apostaron junto a dos gruesos pilares de madera situados a unos tres metros de distancia entre sí y a apenas metro y medio de la brecha, y aguardaron empuñando sus mazas.

Aunque nadie había irrumpido aún en aquella parte de la cueva, parecía claro que la puerta había cedido completamente. Los invasores se estaban tomando su tiempo para reorganizarse, seguros de que la presa no tenía escapatoria.

Finalmente, un bramido ronco rompió la tensa espera, seguido del sonido de unas grandes pisadas que hacían temblar el suelo. Ante los ojos de Larmisil y Beleghir apareció una informe y descomunal mole de carne grisácea, sostenida por dos gruesas y cortas columnas graníticas que se movían con cierta dificultad en aquel angosto pasadizo.

La mole estaba coronada por lo que parecería un enorme cancho de no distinguirse en él el brillo de lo que indudablemente eran dos ojos. Los orcos habían mandado en vanguardia al troll, quizá con la intención de aterrorizar, quizá

con la intención de que actuara de ariete vivo, quizá por una combinación de ambas cosas, de modo que desbaratara cualquier posible defensa por medio de la fuerza bruta y el terror.

El troll al verlos, se abalanzó sobre ellos,

—¡AHORA! —gritó Larmisil y ambas mazas golpearon en sus respectivos pilares, que lanzaron un pequeño quejido y cedieron, pues habían sido preparados para ello. Un crujido enorme recorrió la cueva y el techo comenzó a venirse abajo. El troll frenó en seco y los dos hombres aprovecharon el desconcierto de la criatura para darse la vuelta y deslizarse por la brecha que habían utilizado sus compañeros minutos antes. Ya desde fuera escucharon el alarido sordo que lanzó aquella roca viviente mientras era aplastada, y aún alcanzaron a oír los gritos de los orcos que se habían quedado atrás, y en sus crueles voces se percibía una mezcla de sorpresa, ira y miedo.

Fuera, Laeghir guiaba a los enanos hacia el río mientras trataba de trazar un plan de escape. Los botes serían una solución para apenas un puñado de ellos, por tanto, había que decidir qué hacer con el resto: el camino hacia Bree en el este estaba cortado por los orcos, al norte las Colinas de los Vientos eran un muro infranqueable y hacia el sur no había nada, tan solo yermo durante muchas leguas hasta llegar a Eregion. Solo quedaba una opción, y no le apetecía nada compartirla con Borko y el resto de enanos: tratar de llegar a Rivendel.

